

HIMNO AL SUEÑO

Yo te saludo, huésped de la noche,
Nuncio de paz, alivio de la vida.
Tú al brindarme con pródigo derroche
Olvido y bienestar, borras la huella
Que en el alma el dolor deja escondida.
¿Quién puede, como tú, manso reposo
Dispensar al espíritu angustioso?
¿Quién al cuerpo rendido
Descansado placer y paz segura,
Con que ponga en olvido
La diaria labor, tediosa y dura?

Todos te miran con amor: labriego
Y rico, ignaro y sabio;
Porque todos disfrutan tu sosiego,
A todos das merced, a nadie agravio.
¿El síno malhadado cuál sería
Del obrero infeliz a quien ofrece
Rudo quebranto sudoroso día,
Si el beso no le dieras de tu alivio?
El árbol gestador no reverdece
Ni fruto alarga, si la noche fría
No mitiga del sol el rayo tibio.
¿Qué la suerte del sabio a quien el ansia
Sublime del saber acucia y mueve;
Que, el alba ya vecina, en las faenas
De prolongado cálculo se embebe
Hasta darle remate fatigoso,
Si dócil y amoroso,
No llegases de amor las manos llenas
Su mente a refrescar? ¿Cuál del mendigo
El duro torcedor, cuando a sus penas

Furtiva tregua en su ansiedad reclama,
 Si no encontrase tu piadoso abrigo?
 O el funesto destino del que ama
 Si a su recia pasión negando fuera
 Un reposo fugaz? Si alguno intenta
 El arco mantener siempre atesado,
 En tan vano suplicio lo revienta.

Dime, sueño, tu vida y tus misterios;
 Hoy quiero dar de mano
 A los problemas serios,
 Y concentrar mi alma
 En el tranquilo arcano
 De tu profunda calma.
 Las caprichosas normas
 Enséñame que rigen tu albedrío,
 Y las variadas formas
 Con que a mi vista deslumbrada ofreces.
 Tu vasto poderío.
 A tu reclamo me rendí mil veces,
 ¿Y nunca te veré dócil al mío?

Yo sé que tú eres premio:
 A la honrada conciencia con tu caro
 Y deleitoso néctar retribuyes;
 Mas del impuro gremio,
 Del ruín, del perverso y del avaro
 —Esquivo a sus bajezas—siempre huyes.
 ¡Oh Dios tres veces bueno que al regalo
 Del doliente mortal todo encaminas,
 Eco benigno encuentre ante tu trono
 De gratitud nuestro filial acento
 Por este dón que para dar aliento
 Y brío al laso corazón destinás!

Eres un mago audaz y artimañoso,
 Y en tu antro gigante y portentoso
 Todos los seres son humildes pajes.
 Mas dí, ¿dónde atesoras
 Prodigios tantos? Dí ¿dónde coloras
 Con tu vario pincel tantos ropajes?
 ¿Cómo fabricas tus encantos de hadas,
 Tu tejido de llanto y alegrías,
 Tu ambulante escenario, tus osadas
 Sorpresas y tus locas fantasías?
 Bufón de buena ley, todo lo vistes
 De brillo y de portentos,
 De risas y de cuentos,
 Donaires y aventuras. Do ¿ú asistes
 Las negras horas tórnanse veloces
 Al arrullo secreto de tus voces.
 A veces sin embargo me das miedo:
 Tu inconsciencia fatal, tu seño inerte,
 Tu mudez indefensa, de la muerte
 Te tornan en remedo.

Eres rey, rey altivo porque ofreces
 Con voltaria medida
 De tus celestes dones
 El callado tesoro. Cuántas veces
 Al que buscó con ansia tu acogida
 Le negaste tus plácidas fruiciones!
 Es tu poder vivífico, arrogante,
 Fácil y universal. En un instante
 Enriqueces al pobre, tornas sano
 Al que gimiendo yace; das la mano
 Al impedido, y lo levantas ágil.
 Mas ay! todo es vano
 Y tu reino es de todos el más frágil.

¿Por qué, sueño sutil, por qué quebrantas
Con necia prontitud bellezas tántas?

Eres así de la comedia humana
El más perfecto símil. Nada dura
Tampoco en ella. Súbito perece
El fatuo brillo de su pompa vana.
Es un soplo de sombra que aparece,
Un punto nos divierte, y con presura
De fugaz meteoro desaparece.

Poeta eres, pues muestras revestido
De vida y emociones
Lo estéril, lo ilusorio, lo que es muerto;
Y en retorno el poeta agradecido
Por emularte a tí, forja ilusiones,
Por semejarse a tí, sueña despierto.

Eres dicha también. En el olvido
Serenos de tu calma
Con tranquilo placer sepulta el alma
Las penas y congojas que ha sufrido.

Cuando a su lecho de oro el sol declina,
La triste adormidera
Sus soñolientos pétalos inclina
Y entrecierra su tímida corola
De las nocturnas auras en espera.
Así nuestra alma si amoroso acude
El fresco anochecer, puro y risueño,
De mil cuidados la revuelta ola
Lejos lanzando con tranquilo empeño,
Fecundidad al pensamiento niega,
En confiada quietud las alas pliega,
Y reposa feliz en blando sueño.

Preciado sueño, pues ingrato fuiste,
Mi justa queja con piedad escúcha:
Buscado a veces, de mi sien huiste;
Muchas también, en fastidiosa lucha
Yo te quise vencer y me venciste.
Pero ya descifrar tu voz secreta
Y definir podré tu dulce halago:
Eres rey, eres mago,
Eres premio, eres dicha, eres poeta,
Sueño reparador, fuente de vida
De hoy ya más no quieras serme ingrato,
Cuando busque tu calma apetevida
Goce de tu caricia dulce rato.
Todas las noches mi pupila abrume
Tu peso bienhechor, y al fatigado
Espíritu devuelva la alegría;
Que cuando el alba cariñosa esfume
Las medrosas tinieblas, descansado
Me encuentre al despertar el nuevo día.
Y si a veces deberes imperiosos
Me robaren tu plácido socio,
Huye veloz y en tanto que te llamo
Prepárame tus dones más hermosos
Y tus más halagüeños atavíos:
Tuyos serán si tornas a mi ruego,
Con doblado placer los ojos míos.

J. RAFAEL FARIA, Pbro.

Pamplona, 1925.